

montura y me dijo silabeando las palabras á fin de acomodarlas al esfuerzo que hacía:

— Aquí no nos quedaremos, que se corre riesgo en poblado. Vamos siguiéndola... Cuando salimos, tomando una vereda que Ginés conocía muy bien; éste siguió sin interrupción:

— Como feo, es feo el tal Lozada; es de cuerpo regular, más bien alto que bajo, tiene el color moreno, la nariz ancha, los pómulos salientes y el cabello alborotado; usa por barba unos cuantos pelos, y tiene tuerto un ojo, que perdió pescando con cohetes en un río. Usa traje medio indio, medio catrín; pero podía muy bien ponerse el que deseara: Maximiliano acaba de mandarle el uniforme de general de división, el bastón correspondiente, y por supuesto, el despacho que le acredita para recibir la paga y las consideraciones anexas á su empleo. ¿Qué tal?

Aquí llegaríamos, cuando salió un buen golpe de indios de entre los árboles. Todos portaban, según me pareció, palos y flechas, uno solo llevaba pistola y otro hacía brillar en la mano una punta de espada muy reluciente y que nos cegaba con sus reflejos. Nos intimaron que nos diéramos, alzando las trancas con ademán amenazador.

Yo creí necesario echar mano al revólver; pero Pasamonte, sin alterarse cosa, preguntó en voz alta:

— ¿De quién es esta tropa?

— De don Domingo Nava.

— Pues que venga acá Domingo, que tengo que hablar con él.

Se adelantó un indio de vestimenta casi idéntica á la de sus subordinados y se apartó á hablar con mi amigo. A poco volvió éste diciendo al jefecillo:

— Conque, adiós, y que todo sea para bien.

Y le abrazó con un cariño que daba envidia.

— Pueden seguir, aulló quizás en su lengua el capitán.

Y la tropa, armada de palos y flechas, con los carcajes á la bandolera, los taparrabos bien puestos, embijadas las caras y sin zapatos ni nada que lo pareciera, se perdió en el primer grupo de árboles, mientras nosotros seguíamos caminando al tranco de nuestras bestias. Al día siguiente llegamos á Acaponeta.

Pronto seguirá la narración de sus aventuras tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

El Rosario, 1865.

Génie de mi corazón: sigo refiriéndote los sucesos de mi viaje, que quizás no encuentres tan monótono como yo me temo.

— ¿Qué le parece? Me dijo el *chango* de la Parapilla estirando la jeta y guiñando los ojillos llenos de malicia. Si le deajo, se arma una de los diablos: balazos, cuchilladas,

palos y flechazos; y usted habría tenido ó que rendirse ante el número ó que salir hecho pedazos, como les ha sucedido á tantos que se la quieren echar de valientes con esta indiada. Yo sé el cuento mejor que usted y me guío mejor con mis mañas que ustedes con todas sus retóricas y con todas sus pistolas. ¿No le parece? A este Nava le conozco ¡uh, *dendequeaque!* Hace como seis años me quedé enfermo en la sierra, cuando lo de Coronado, y éste me sirvió mucho, como saben servir los malditos cuando les da la gana... No más fuí y le hablé, y allí está hecho un terrón de amores: que sí que pasemos, que no hay cuidado; y hasta me ofreció mandar un correo que vaya por nuestro camino, adelantándose por veredas extraviadas, para que nadie se meta con nosotros ni nos moleste en lo negro de una uña...

Y como yo tomara informes sobre las cosas de Sinaloa, Parapilla habló así:

— Allí no hay Rosales, ni Sánchez Ochoa, ni Martínez, ni nadie; á todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar... Figúrese no más: como á mis manos les conozco... como si les hubiera acabado de desensillar... Rosales es valiente... ¡caramba si es valiente! el que no ha visto pelear á Rosales no sabe lo que es entrarle á los quites y mates; pero, amigo, tiene un geniecito... Con decirle que junto á él Arteaga es una paloma, y Régules un manso cordero y Salazar un Juan de buena alma...

Y honrado, eso sí; pero, amigo, quitando eso, le gusta todo lo que les gusta á las gentes grandes... le conozco como si le hubiera acabado de desensillar... no más eso le digo. ¡Ah, qué Rosales!... Y en cuanto á los otros, don Gaspar no está en Sinaloa y los demás son como la retostada; de lo que no trajo Allende en la maleta... Como si les hubiera acabado de desensillar... Así les conozco.

Corona es otra cosa; con decirle que le veo desde que era así, chiquillo. Porque no vaya á creer, Corona tendrá á lo sumo su edad: veinte años en 58... al 65... van siete... Pues cuando mucho veintisiete años tiene; no tiene más. Bueno, pues decirle cómo empezó es cosa de dar risa. Ya verá que este Ramón estaba solo y su alma... es decir, no solo, porque tenía á su lado una hermanita menor á quien dar que comer... Figúrese no más la cosa... Yo no sé porqué; pero ello es que siendo Ramón de por allá, de las orillas de la laguna de Chapala, se encontró un día en Motaje, que es aquel mineral que divisamos saliendo de Acaponeta, á la derecha, como se pasa el río.

El pobre muchachito no sabía leer y solo se enseñó, con muchísimo trabajo; no sabía escribir, y solo aprendió, imitando las letras de los libros. Como no podía trabajar en las minas, pues ni para tenatero le querían, porque era chiquillo y parecía endeblucho, se dedicaba á hacer recados, á llevar bultos pequeños, á todo lo que tenía aspecto de trabajo y que no era en realidad más que

una forma de que se valían las gentes para darle limosna... Creció y le admitieron de dependiente en una tienda; pero el dueño era más amargoso que las tripas del bule: le trataba á puros ajos y cebollas y me le volvía tan largo, dizque con la intención de que se hiciera hombre y no flojeara y desquitara la de adentro .. El infeliz había perdido su nombre, porque todo el día no oía más que «Muchacho tal... Esto lo ha de haber hecho este maldito... ¿Cómo no tienes cuidado, tal por cual?... Yo te enseñaré á mirar por lo ajeno, jijo de...»

Estaba el chico atontado, sin discurso, vuelto un infeliz, cuando vacó un puesto de dependiente igual al que tenía. Ramón fué con el dueño de la casa, que se llamaba don Jesús Gómez Cuervo y que era y es un hombre excelente. Aceptó Gómez Cuervo los servicios de Ramón y empezó por entregarle las llaves de la tienda, cosa que no había hecho nunca el cernícalo del amo anterior.

La primer mañana que el nuevo patrón fué á su tienda, encontró al dependientillo en pechos de camisa y escoba en mano, barriendo el piso.

— ¿Qué hace usted allí? preguntó Gómez Cuervo. ¿Qué hace, don Ramón?

— Señor estoy barriendo la tienda... me levanté temprano, y mientras vienen los marchantes...

— Que no le vuelva á ver barriendo nunca, don Ramón. Usted es mi dependiente, el encargado de cuidar mis intereses; no es un criado.

— Pero, señor, exclamó el muchacho lleno de confusión.

— Lo dicho, don Ramón: usted no tiene que dedicarse á barrer.

Y fué tal el influjo que ejerció en el ánimo del dependientillo el que le dijeran que no era criado sino custodio de los bienes de su jefe, y el que le llamaran siempre y por siempre don Ramón, que acabó por desear instruirse, por vestirse bien, por leer cuanto papel caía en sus manos y por escupir en rueda entre los notables del pueblo.

Corona era guapito como un ángel varón, fuerte y ágil como él solo: yo le vi quebrar un caballo bruto en pelo, hacerle cejar, emprender la carrera y pararle en seco como si tal cosa... Ahora, en eso de treparles sin peal á los becerros, colear, travesear en el cuaco, correr gallo, apostar *cinturitas* y la mar de juegos, era número uno: parecía que ya su *sinio* le llevaba por allí, y que estaba preparándose para lo que había de ser después.

Ya usted se figurará que Ramón era el gallito del pueblo: las muchachas le ponían ojitos tiernos, y los papás y las mamás encontraban muy de su gusto á aquel mozallón robusto, fuerte, callado, trabajador, que no tenía ni sombra de vicios y que sabía ganarse la plata con facilidad.

Pero la más entusiasmada fué—¿quién había de ser? —la hija de su patrón, que se puso como una mantequilla por el muchacho. A don Jesús le pareció la cosa de perlas

y se propuso casar á la pareja, que le parecía hecha para eso, para ser dos en uno. ¡Mas quien lo dijera! á Ramón no le gustaba la chica, y si no dijo nones cuando le propusieron el caso, tampoco se entusiasmó ni creyó que le había caído la lotería. Estaba honradamente dispuesto á sacrificarse, ya que tanto le debía á su amo, cuando éste le llamó aparte un día:

— Don Ramón, le dijo; usted no quiere á la niña.

— ¡Señor, por Dios!

— No la quiere usted y va á sacrificarse, figurándose que si nó lo hace, yo me enfullino con usted.

— Señor, yo no creo eso.

— ¡Qué no ha de creer!... Le devuelvo su palabra, don Ramón; pero... usted lo comprende... no puede continuar en mi casa.

— Señor, como usted lo ordene.

— Pues eso ordeno, mi amigo; que se marche usted y que sea dichoso en otra parte.

— Como usted quiera, señor.

— Adiós, don Ramón, dijo emocionado el patrón; cuando lo desee, recoja sus ahorros.

— Adiós, señor, respondió el muchacho llorando á mares.

Se separaron amo y servidor, y ese día empezó la carrera de Corona.

Pero hoy no puedo seguir contándote esa carrera: el

pábilo de la vela empieza á esparcir círculos de sombra; hiede el sebo y la luz se va apagando. Hasta mañana.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

El Rosario, 1865.

Mi adorada Génie: la historia de Corona, que me refirió Ginés hasta ponerla al día, es como te la voy á contar:

Corona entró como administrador del mineral de Motaje, negociación de que eran dueños Gómez Cuervo, el antiguo patrón del comerciantillo y el español don Juan Antonio de Aguirre, radicado en Tepic.

Corona sabía diariamente todas las picardías, robos, muertes, violaciones, raptos, incendios y devastaciones que cometía el terrible Lozada; y como muchacho que era, ponía de vuelta y media á sus paisanos que soportaban aquella plaga.

— Ni lo digas otra vez, Ramoncito, que te *ispones*, le gritaban los viejos enclavijando las manos. Mira que el indio tiene espías en todas partes y que las paredes oyen... Cierto que duele tener que desprenderse de la becerrita más chula, y del maíz que se destinaba á semilla, y del frijol escogido, y del dinero que se ha ahorrado en años de apretarse la tripa; pero, hijo, eso no tiene remedio: ¡quién sabe cuándo vengan otras cosas! lo que es ahora estamos fundidos.

— Pues por eso lo estamos, respondía decidido el muchacho, porque no hay quién se le pare enfrente á ese indio ojo de ostión.

— Pero ¿quién quieres tú que le haga rostro, hombre de Dios? A ustedes los muchachos todo se les figura fácil y creen que el monte es orégano desde donde empieza hasta donde acaba; pero en cambio nosotros, los que tenemos el colmillo duro, comprendemos que no todo lo que se quiere se puede, y que más vale *aprudentar* y no andarse con soflamas. Así, ya nos figuramos que tenemos nuestras cosas arregladas y que todo marcha á pedir de boca: es como si el gobierno nos impusiera contribuciones. ¿Qué más da pagar en Tepic que pagarle á Lozada?

— Sí, eso está bueno cuando se trata de maíz ó de frijol ó de reses. ¿Y cuando se trata de muchachas, de sus hijas de usted, vamos al decir? ¿Está así de conforme?

— Yo, ¿qué quieres que te diga, hijo? Conforme no lo estoy nunca, pero me resigno, me resigno; es la resignación del ahorcado.

— Pues yo no me resigno.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Sacudir el yugo de este ladrón.

— Pero, si empiezas tú porque no hay quién haga cabeza.

— Yo hago cabeza.

— No te metas en los pies de los caballos, Ramón. ¿Qué



— Pues por eso lo estamos, respondía decidido el muchacho...

vas á lo que no has perdido? Atiende tú á lo tuyo y deja el mundo rodar.

— ¡Qué bien se conoce que usted es un viejo!

— ¡Y qué bien se nota que tú eres un muchacho sin experiencia! Ya te digo, cuida tu casa y deja la ajena; come camote y no tengas pena.

Pero no todos eran tan egoístas como el que pongo por ejemplo: don José María Villanueva, socio de la compañía de Motaje y hombre ya entrado en edad, pero que comprendía cuánta justicia llevaba Ramón, le alentó para su empresa; pero haciéndole comprender que no bastaba con el buen deseo para salir adelante, sino que se necesitaba espiar una oportunidad favorable.

La oportunidad llegó, pues á fines del 58 se supo en Motaje que acababa de apoderarse de Guadalajara el general Degollado; que don Pablo Lagarma acababa de pronunciarse por la Constitución con algunos batallones de los que guarnecíán el puerto de Mazatlán, y que no tardarían en pasar por Acaponeta, seguidos de ciento ochenta hombres, los jefes Mendía y Campuzano, que iban á reunirse con Lozada. Así nació la idea de empezar una revolución que se parece tantísimo á la del cura Hidalgo.

Corona contaba por todo caudal con cinco fusiles mohosos, que encontró escondidos en el tronco de una higuera, y con diez hombres, que le había llevado don

Lucas Alemán. Además, tenía la llave de la puerta de la torre, que había conseguido mediante cinco pesos.

Acaponeta estaba guarnecida por diez y ocho hombres, que por infelices y para poco que hayan sido servían para cuidar la población que guardaban en su poder; pero Corona y los suyos empezaron á esparcir nuevas de si habría un pronunciamiento en Acaponeta, si no sería la cosa en Acaponeta sino en Motaje, si acabaría el reinado de Lozada y si don Jesús Gómez Cuervo enviaría ó no enviaría tropas que ayudaran al jefe que acababa de brotar.

Por supuesto, que las probabilidades todas estaban contra Corona.

—¿Qué va á hacer, hombre? decían los viejos que presumían de conocer el mundo y de tener el colmilló duro. Sí, Ramoncito es un excelente muchacho: él honrado, él trabajador, él cuidadoso de las cosas que le confían; pero ¿qué va á atreverse á matar un hombre quien no es capaz de matar una pulga? ¿Qué va á mandar bandidos y á meterles dentro de un zapato, quien no juega, ni bebe, ni fuma, ni enamora, ni mata, ni pelea, ni hace daño á nadie? Ramoncito es como la muerte de Apango, que ni chupa, ni bebe ni va al fandango... Él para empleado estaría que ni de oro; para vivir en Guadalajara, dueño de una buena fortunita, ni mandado hacer; pero teniendo que marchar de bracero con Rojas y que pelear contra Lozada, no me le den.

Y la verdad es que llevaban razón los *mormurones*, pues aparte de su gusto—¡y qué bueno lo tenía!—por las muchachonas, yo no le conocí nada que se pareciera á esas cosas terribles que creen las gentes han de ser en los guerrilleros y chinacates lo que es el queso en los frijoles. Pero para que vieran que no era hierba y la olieran con recelo, una noche oyeron los vecinos de Acaponeta un toque de vanguardia y marcha, muchos cohetones que tronaban en el aire haciendo ladrar perros y salir gentes á las puertas, y muchos gritos de «¡Viva la Constitución!», «¡Vivan los mazatlecos!», «¡Adentro los del Rosario!» «¡Qué buen regimiento el tercero de línea!» «¡Qué preciosa infantería!» «¡Qué templados son los de Sinaloa!» y otros así que hicieron creer que en aquel momento llegaban todos los contingentes liberales de México, con el exclusivo fin de posesionarse de la insigne plaza de Acaponeta.

Los diez y ocho infelices que custodiaban el lugar tomaron soleta largándose adonde nadie volviera á verles, y largando también las armas que iban á servirles para acabar con los pronunciados.

Al otro día entraron los liberales á Acaponeta; eran ya setenta hombres y contaban con diez y siete fusiles. El resto iba armado con palos, garrotes, lanzas, y hasta flechas.

Pero no fué de puros triunfos el tiempo aquél; Corona sufrió buenos porrazos, y sólo al cabo de algún tiempo